



Homilía/oración de Nochebuena

Hoy a medida que se acercaba el momento de la celebración del nacimiento de tu Hijo se me hacía más presente el tiempo de Adviento. Cuando más celebramos que ya estás aquí, más me viene a mi boca: Ven Señor y sálvanos. Porque el peso de la carne que acoges es gravoso y su oscuridad se extiende a todos los rincones del mundo.

Es verdad que tu luz se enciende en este pequeño cuerpo que ahora mismo se nos ofrece como cuerpo de pan. Tu pueblo, como Elías, despierta exhausto y algo desesperado, herido en su cuerpo y sobre todo en su corazón, y lo contempla. Como a Elías tus ángeles nos hacen mirar este niño-pan y ver en él tu abrazo y escuchar el canto de victoria que los ángeles, en tu eternidad, saben que ya se puede cantar: Gloria para todos los hombres que amas. Pero nosotros tan débiles apenas si sabemos darle crédito en nuestros pasos vacilantes.

Y vuelves, y nos recoges como a él, a Elías, a la puerta de una cueva, en este altar que ahora tiene el nombre de Belén en esta celebración. Y te diriges a nosotros con un susurro de ángel: No temáis, para que el oído de nuestra fe se abra y tu presencia en nuestra carne haga fuerte el corazón y su esperanza.

Hoy quiero pedir que la fe que has puesto en nuestras vidas haga su trabajo, que acepte la luz que trae este pequeño cuerpo para todos, y vea en ella el día luminoso de tu gloria en estos nuestros mismos cuerpos fatigados. Que la ternura que suscita este niño cree en nosotros tus mismas entrañas de misericordia. Que su abrazo a nuestra carne nos enseñe a romper las distancias que no nos dejan abrazarnos como hermanos.

Tu Hijo ahora no sabe ponerse en pie, pero María le sostendrá en sus primeros pasos. Por eso hoy sabemos que también, con él, nos regalas a María y a tu Iglesia para que aprendamos a ponernos en pie y caminar hacia ti.

Así, pues ya no eres esquivo / acaba ya si quieres, / y vence lo que nos separa / de este dulce encuentro.